

Entre segundos y sombras

En una oscuridad casi tangible, mi habitación está como siempre abarrotada de libros y papeles que atestiguan mis noches de desvelo. Una vez más me encuentro en una carrera que nunca escogí correr, pero que no puedo eludir. Una carrera contra algo tan desalmado, tan inmutable, que la sola idea de participar os parecería ridícula. Y hablo del tiempo. Sí, el tiempo, ese juez imparcial que no hace distinciones, pero que de alguna manera parece tener una venganza personal contra mí, especialmente en estas noches que deberían ser simplemente largas y apacibles.

Y cómo evitar a tu verdugo cuando siempre está firme frente a ti, colgado en la pared como un guardián ominoso, ese vetusto reloj de pared que marca las horas con un sonido que taladra sin piedad mi conciencia. *Tic-tac*. Un sonido que, para muchos, es apenas perceptible, un mero ruido de fondo en el escenario de nuestras vidas. Sin embargo, en esas noches de insomnio en las que la presión del tiempo se siente como un gran peso sobre nuestros hombros, indudablemente se convierte en un recordatorio constante de que el tiempo se me escapa. ¡Diantres! Quizás el cansancio me esté haciendo delirar, debería incluso estar agradecido a mi tatarabuelo, del que quizás no sabía casi nada, por haberme dejado este reloj como compañero fiel durante mis veladas de estudio, de lo contrario estaría solo afrontando esta marea de tareas.

Aunque esta noche, en cambio, el sonido que emanaba del reloj era inusual, o tal vez se trataba de mi paranoia. Había algo en el aire, una electricidad estática que me daba escalofríos e insinuaba que algo sombrío iba a pasar. *Tic-tac*. Intento no pensar demasiado en ello, me vuelvo a concentrar en los deberes, en la pila de papeles que se amontonan frente a mí, en las palabras que parecen bailar y mezclarse entre sí. *Tic-tac*. Pero de nuevo, ese ruido infame se infiltra en mis pensamientos, distrayendo mi atención de las tareas que tengo pendientes. *Tic-tac. Tic-tac*. Olviden lo que decía de que era mi compañero, ahora mismo es como un martillo que golpea constantemente mi cordura, un eco que resuena en sinfonía con los latidos de mi corazón, que parece bailar al ritmo frenético de un tambor desenfrenado. *Tic-tac. Tic-tac*.

Y entonces, una vehemencia me sacude para que ese dichoso ruido cese de una vez por todas. Para que al fin pueda soñar con un mundo donde el tiempo no sea un tirano sino un aliado, donde pueda vivir sin el recuerdo constante de su paso. Así que con determinación me levanto para detener el reloj. Aunque lo curioso es que tengo la impresión de que el reloj no soporta que lo desafíe pues sus manecillas parecen apresurarse desesperadamente. *Tic-tac. Tic-tac*. ¡Pamplinas! Es sólo un reloj fastidioso que se deja ayudar por el silencio de la noche, haciendo que su sonido se cuele en todos los rincones de mi habitación, en todos los rincones de mi mente... *Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac*. Tragando saliva y tomando una buena bocanada de aire, siento que mis pasos se hacen cada vez más pesados; que yo recuerde, el reloj no estaba tan lejos. Ahora, por el contrario, siento que me invade una extraña sensación, quizás debería concentrarme mejor en lo que estaba haciendo hace un instante. *Tic-tac*. ¡No! Necesito recuperar la paz que este maldito reloj me ha arrebatado, pero cada paso que doy hacia él me parece inútil, como si el espacio que nos separa fuera cada vez mayor. ¡Se está riendo seguramente de mí! *Tic-tac*. Tras un gran esfuerzo, consigo tomar la causa de mi tormento entre mis temblorosas manos. Y fue entonces cuando me di cuenta de algo peculiar: al reloj le faltaban números. Los espacios donde deberían estar el 3, el 6 y el 9 estaban vacíos, como si nunca hubieran sido parte de él. Intrigado y perturbado a partes iguales, decido pasar los dedos por esas partes que faltan mientras cierro los ojos por miedo a que suceda algo. Pero sorprendentemente no ocurrió nada. *Tic-tac*. Sintiéndome completamente estúpido y cansado de

esta situación absurda, con un movimiento decidido y brusco, reajusto las agujas del reloj que antes eran como puñales que torturaban mi serenidad. Pero ¡Ya no más! Las ajusto, deteniéndolas en un tiempo suspendido, ahogando la voz del tiempo. Suelto un suspiro de alivio, al sentir que por fin nos acompañará en mi dormitorio sólo el silencio de la noche y mis respiros sosegados sin que los perturbe ningún ruido parásito. Así que, más tranquilo, dejó el reloj mudo en su sitio, sintiéndome victorioso por haber ganado por fin esta maldita carrera, entonces me giro para reanudar mis revisiones.

Pero ese momento de gloria no dura mucho, ya que una repentina sensación de inquietud se apodera de mí. El aire se vuelve más denso, casi sofocante, e incluso noto que me tiemblan las piernas cuando el silencio que reinaba hace un momento es sustituido por ese famoso ruido. *Tic-tac*. No puede ser. Estoy seguro de haber detenido las condenadas agujas. Y antes de que pueda hacer nada, siento que las sombras de mi habitación se extienden como manos espectrales, prestando ayuda a ese perverso reloj. Intento resistirme, gritar, luchar, pero es inútil; el tiempo ha elegido a su próxima víctima para formar parte de un abismo desconocido de oscuridad y sonido...

Recobro la conciencia al cabo de unos minutos, ¿o de unas horas? Pues realmente no lo sé, creo que he perdido la noción del tiempo, lo cual es irónico porque estoy atrapado en él. Me invade una profunda angustia, estoy seguro de que se trata sólo una pesadilla de la cual pronto me voy a despertar. *Tic-tac*. Me tapo los oídos, sintiendo que estoy a punto de caer en la locura si vuelvo a oír ese sonido, que ahora se ha convertido en una gran presencia abrumadora. No me rindo y sigo voceando con la esperanza de que alguien me ayude, pero es en vano, mi voz parece ahogarse en un mar de silencios eternos.

Entonces, a través de lo que parecía ser una ventana hacia mi mundo, vi a mi madre entrar en mi habitación. “¿Dónde estará ahora este niño?”, preguntó, claramente molesta, pensando que había salido nuevamente sin permiso. Observé impotente cómo su mirada se posaba en el reloj, el reloj que ahora era mi prisión. Decidió acercarse a la vez que una sonrisa se dibujaba en sus labios mientras me tomaba entre sus manos. “Este reloj tiene sus años, sí, pero hay algo especial en la forma en que marca los segundos, mostrando la importancia de disfrutar cada momento. No importa lo viejo que sea, si con su llamada constante es capaz de recordarnos que el tiempo siempre nos acompaña, entonces se ha ganado con creces estar aquí”. Sus palabras, llenas de dulzura y nostalgia, resonaron en mi mente, cargadas de una ironía que ella no podía entender, y ni siquiera escuchar.

“Aunque ahora no está indicando la hora correcta”. Y sin saberlo, comenzó a torturarme. Cada ajuste que hacía en las manecillas enviaba oleadas de dolor a través de mi ser. El sonido, ya de por sí insoportable, se intensificaba con cada movimiento que ella hacía. Quería advertirle, suplicarle que parara, que me estaba lastimando, pero ella no parecía enterarse.

Y ahí estaba, viéndola alejarse finalmente, dejándome atrás, condenado a escuchar eternamente aquel ruido que tanto deseaba acallar pero que acabó convirtiéndose en mi único cómplice sin más remedio. Tal vez este era el castigo que merecía por retar a la voz que nos guía hasta el último suspiro de nuestras vidas, o simplemente era una desafortunada víctima de la cruel burla del tiempo que se había convertido en mi carcelero. *Tic-tac*.